

# ECOS de los 12 mundos

Antología Fantasy Club



LIBRERÍA CULIA



# 12 ECOS de los mundos

**Antología Fantasy Club**



# Pacto de Fuego

C. J. Cilleros

El Pantano de los Susurros estaba en silencio; algo sorprendente, por no decir inquietante, ya que el nombre se lo había ganado a pulso a causa de los siniestros sonidos que surgían de sus profundidades.

La niebla que cubría la marisma brillaba como un fantasma, reflejada por la luna llena que se asomaba entre las nubes grises, envolviendo todo en un halo tétrico y solitario. Aquel lugar no había vuelto a presenciar vida humana desde hacía años, cuando las leyendas de los malvados espíritus de fuego comenzaron a divulgarse por las poblaciones cercanas, cantadas por los trovadores en las tabernas, extendiendo así el sentimiento de miedo hasta los rincones más recónditos de la zona. Antes de los cuentos populares, muchos aldeanos se habían internado en los cenagales con la esperanza de conseguir tesoros perdidos o contar historias que les hiciera merecedores de su momento de gloria en las posadas; y por qué no, también de algunas monedas de oro y los favores de las jóvenes doncellas. Sin embargo, la mayoría de ellos jamás contaría su propio relato. Solo unos pocos afortunados consiguieron regresar a sus hogares, con secuelas mentales y alucinaciones tan intensas que ni siquiera sus relatos detallados convencían a la gente de las visiones que atestiguaban y que los había enajenado. Aunque, en realidad, el temor a que pudieran ser ciertos caló tan profundo en las mentes campesinas que nadie se arriesgaba a perder su cabeza —física y mentalmente— adentrándose en la espesura.

Por ese motivo, muchos fuegos fatuos abandonaron el pantano. La escasez de viajeros extraviados casi había provocado la extinción de los espíritus de fuego en aquel paraje. Solo uno resistía, reacio a abandonar su hogar, aguardando el momento de alimentarse de nuevo con la energía que desprendían los humanos al temer a la muerte. Un miedo que, tras muchas décadas, resurgiría bajo la luna roja.

«Ha sido una larga espera, pero por fin recuperaré todo mi poder», dijo para sí una pequeña bola de fuego.

Solo de pensar en la energía que obtendría aquella noche se estremeció, haciendo fluctuar sus llamas azules.

«Pronto aparecerá algún viajero incauto y será mi oportunidad», se animó.

[...]

# Las locas e inverosímiles aventuras de Empino el Trovador

Cosmin F. Stircescu

— **M**i lady Cloentina, dulce palomita... ¡Por favor!, abrid la puerta. Dejadme entrar.  
—¡Largo de aquí! ¡Te he dicho que no quiero volver a verte!

—Pero, mi pequeña flor... ¿Qué haré yo sin vos? Las noches se me harán eternas y oscuras. ¡No me apartéis de vuestro lado como a un perro pulgoso!

—¿De mi lado? ¡Ja! —se escuchó un bufido al otro lado de la puerta—. Querrás decir de mi cama, sucio mentiroso, beodo, embustero, mujeriego, mal amante, ¡picha corta!

—¿Mal amante? ¿Mujeriego? ¿Picha corta? ¡¿Yo?! —preguntó ofendido.

—Sí, ¡tú! ¿Acaso pensabas que podrías acostarte con Wyla la Pechugona sin que yo me enterase?

La cara de Empino, el trovador del pueblo, se ensombreció al escuchar su último logro —o fechoría, según se mire— en boca de su amada, dulce, recién convertida en mala arpía y hermosa amante.

—Pero, palomita mía, yo...

—¡Largo he dicho! ¡Largo ya! No ensucies más el porche de mi casa con tu presencia. ¡Largo o te azuzo a los perros!

Se empezaron a escuchar una serie de llantos y sollozos. Empino se peinó hacia atrás su grandiosa melena dorada —la perdición, junto con sus ojos azules, de todas las mujeres del pueblo— y soltó un suspiro de resignación.

—¿Por qué, dioses? ¿Por qué sois tan crueles? —Tenía la mirada clavada en el cielo—. ¿Por qué habéis permitido que se enterase de mi pequeño desliz?

Un pequeño desliz que se repitió medio centenar de veces con media veintena de mujeres en las últimas dos semanas, recordó su conciencia. Todas bien llevadas a cabo, con discreción, como cualquier hombre que se precie, que respeta a su «amante oficial». Tan solo una le salió rana. Aquella a las que todos llamaban, no sin razón, «La Pechugona». ¡¿Quién le mandaría a él liarse con la bocazas del pueblo?! No había chisme, rumor o *fregao* que Wyla no supiese; o que estuviese implicada, que al final era lo mismo. Pero, ¿qué podía hacer? Sus pechos le hipnotizaban cada vez que la veía. Y la veía muy a menudo últimamente. Sin duda una señal divina de que esas mamas existían para que él también las catase alguna que otra vez. ¿Acaso tenía que ignorarla?

[...]

# El Legado de los Presagios

Cristina León Lopa

La vasta extensión del reino se hacía patente conforme uno admiraba el paisaje que se extendía desde el mirador, en lo alto de la gran Torre Armenta. Situada en la costa, la estructura se alzaba imponente y se veía majestuosa en contraste con el oleaje de fondo. En días nublados, uno no discernía el límite entre el cielo encapotado y el tono grisáceo del agua. En cambio, cuando el sol despejaba todas las brumas, se podía aguzar la mirada y distinguir en el horizonte las tierras de los reinos vecinos. Muy pocos podían deleitarse con tales vistas, pues no era un disfrute hecho para la gente común. La torre era la vivienda del gran mago del reino y solo tenían acceso a sus espléndidas estancias aquellas personas encargadas del buen mantenimiento de sus valiosas pertenencias.

El número de residentes de la atalaya era escaso. Su dueño, ocupado en mil y una tareas, no precisaba mucha compañía. Muy pocas personas habían podido acceder a sus instalaciones, y siempre bajo una necesidad sumamente imperiosa. Muchos de los súbditos ni siquiera conocían a sus inquilinos, pues apenas abandonaban el recinto ni ponían un pie fuera de los terrenos circundantes. Cuando lo hacían, se tomaban medidas extraordinarias para que sus rostros permaneciesen ocultos a miradas ajenas. Nadie debía reconocerlos. El motivo era tan simple como importante. En la Torre Armenta se practicaba la alquimia, se leían las estrellas, se fabricaban conjuros y elixires, se conocían profecías... Se realizaban remedios curativos capaces de sanar o paliar enfermedades. Cualquier petición requerida de palacio o solicitada por los habitantes del reino al monarca, podía llevarse a cabo con mayor o menor dificultad entre las paredes de vetusta piedra de aquella construcción.

La Torre Armenta era un gran misterio para la población y, como tal, corrían miles de rumores e historias susurradas desde tiempos inmemoriales, de una generación a otra. Algunas habían terminado desvirtuándose tanto de su origen que nada tenían que ver ya con aquellas que se contaban cuando el anterior mago ocupaba su puesto.

[...]

## Serendipia

Ismael Contreras Carmona

**E**n cierta ocasión llegué a enamorarme. Pero no fue uno de esos amores superficiales y frágiles, fue un amor fermentado por el paso de los años y aderezado con los errores que lo hacen todavía más valioso y verdadero.

Por aquel entonces yo era un simple vagabundo de alas rasgadas y aliento gastado, mientras que ella era una hermosa ninfa, o un hada, o una elfa salida de una de esas bellas leyendas celtas.

Si tuviese que describirla, aun sabiendo que me quedaría corto y escueto con cualquier descripción, diría que no era excesivamente alta y que, aun así, me hacía tocar el cielo, pues en cada uno de sus profundos ojos verdes anidaba el brillo que irradian los amaneceres sin nubes. Tenía el pelo castaño, ondulado en ocasiones, y al viento le bailaba como bailan las ramas de los sauces sobre la superficie del agua de los estanques, donde croan las ranas en verano. Eso es, ella era el verano mismo, la propia estación. Y con sus susurros y suspiros me traía la brisa cálida de las noches de agosto, que se cuele por las ventanas junto con el canto de los alegres grillos. Ojalá la hubieseis visto cuando abría los ojos y levantaba esas dos mariposas negras que tenía por pestañas. Ojalá la hubieseis visto sonreír y brillar con luz propia, como un cuerpo incandescente caído desde las mismísimas entrañas de la galaxia.

Después de ella siempre estaba yo, un dragón que la admiraba sin poder apartar la mirada de su piel clara y sus finas manos, las cuales parecían esculpidas en marfil, cinceladas por algún escultor inspirado que encontró la descripción perfecta de la perfecta perfección.

Sé lo que pensáis. Pensáis que exagero, pensáis que la idealicé demasiado. Pero ya os he dicho que lo mío fue un amor de verdad, porque pocas son las veces que los dragones nos enamoramos.

[...]

# Memorias de Eléniak

José Baena Castel

**E**léniak era un yózak, el más anciano de todos, y además era quien dirigía Dawk, el lugar donde vivía. Los yozaks eran una especie no humana que se dedicaban al estudio y demás artes intelectuales. También eran magos.

Un día, conversando con un muchacho, desenterró recuerdos dolorosos y, con ellos, abrió viejas heridas. Sentía mucha nostalgia por los suyos, por su pasado y su verdadera tierra. Por esa razón decidió plasmar por escrito todo cuanto había vivido, para que quedase constancia de ello incluso cuando él ya no estuviese.

Decidido, cogió varios pergaminos vacíos, se sentó ante su escritorio, mojó su vieja pluma en el tintero y comenzó a escribir: «Esta es la historia de mi vida y la de los míos...»



Según mis padres, nací en el año 122 E.M. (segunda edad conocida, o edad de la magia), en el poblado yózak del continente de Yaiba, por lo que en la actualidad tengo doscientos once años; algo imposible para un humano y muy difícil para un yózak. Pero, si tenemos en cuenta que soy un archimago, no es tan raro, pues la vida se nos suele alargar mucho.

De mi infancia no recuerdo mucho, salvo a mis padres y a mi hermana pequeña, y que todos eran muy cariñosos. Cuando crecí suficiente, mis padres me enseñaron pequeñas nociones de magia con el fin de prepararme para la llamada «prueba de iniciación» que Kreykon, el archimago del poblado, realizaba a todos los yozaks a partir de los diez años. Había que superarla para obtener la túnica azul, convertirse en iniciado y aprender de algún mago de túnica violeta.

[...]

# Corazón Implacable

José Loma

—**N**o lo veo, ¿estás seguro de que este es el sitio?  
—Lo es, Nik, tiene que serlo. No puede haber lugar a errores.  
—Pero, ¿cómo puedes estar tan seguro, Mekan? Estamos en medio de ruinas de otro tiempo. ¡Este sitio hace mucho que está muerto!  
—No te equivocas, soldado. Estas ruinas son la última huella de una civilización perdida, pero créeme, está aquí. Acudirá. Lo sé. Él siempre vuelve. Siempre aquí, a este mismo lugar...  
—¿Siempre, señor? Cuántas veces has acudido...  
—¡Aquí, aquí! —gritó una voz grave, interrumpiendo de golpe las dudas del joven soldado y la tranquilidad que envolvía mi alma hasta ese momento.



Una vez más desperté sobresaltado, abrí los ojos y pude reconocer aquel cielo cubierto por mil estrellas relucientes. Mi corazón retumbaba, golpeando con fuerza los huesos de mi pecho. Sudaba, siempre sudaba. La misma pesadilla, amarga y dulce, cercana y a la vez extraña; y, como siempre, al cabo de un instante toda ella había sido olvidada.

—Sabía que te encontraría, mi buen amigo. Mi esperanza arde con fuerza a tu lado. Pero dime, Clérim, ¿lo tienes? ¿Sigue en tu poder?

Hice un esfuerzo por levantarme y me sorprendí, ya que mi empeño fue ínfimo y podría haber levantado algo que pesara diez veces mi cuerpo sin dificultad. Me encontraba bien, en plenas facultades; mejor que nunca... Y nunca era, sin duda, demasiado tiempo.

[...]



## El Pozo del Tiempo

Luis Antonio Guardiola Alcalá

**L**a lluvia arreciaba sin compasión sobre el pequeño poblado de Brin, compuesto tan solo por una veintena de cabañas humildes, que resistía los envites de aquella tempestad entre los sonoros fogonazos de los rayos y el ensordecedor silbido del viento. Una empalizada se encargaba de guardar el acceso a extraños y visitantes. El portillo se abría y cerraba con brusquedad a merced de la ventisca cuando, de repente, su incesante repicar se detuvo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el guardia que se refugiaba encorvado al otro lado del portón, envuelto en una gruesa y empapada manta.

—Soy Húlik —respondió con desgana el visitante, quien tras un largo silencio añadió—: El mediador.

Un escalofrío recorrió al guarda, que se incorporó con rapidez, olvidando por un instante la tempestuosa noche. Retiró el madero que hacía de cerrojo y el viento terminó de abrir el portón.

Un hombre alto y corpulento entró a Brin. Iba ataviado con una gruesa túnica negra que parecía ofrecer algo de resistencia al agua. Su cabeza encapuchada se dirigió hacia el guarda, que se esforzaba por volver a cerrar la puerta.

—¿La casa de los Golmbert?

—Es la cuarta a la derecha siguiendo la calle central.

Húlik se adentró en el poblado bajo las miradas atentas de los vecinos, que le observaban temerosos desde las ventanas; algo a lo que ya estaba acostumbrado.

Los truenos retumbaban con inusitado vigor, como si aquella tormenta celebrase la llegada del extraño. Entre el furor de la tormenta comenzó a escucharse otro inquietante sonido que, a cada paso que daba, parecía ganar en intensidad. Eran los gritos desesperados de una joven. Provenían de la cuarta casa a la derecha.

Tan pronto como Húlik golpeó la puerta de la cabaña, los gritos cesaron.

[...]

# La Luna Esmeralda

Manuel J. Antonio

Los gritos cesaron de repente. A pesar del grosor de los fríos muros de piedra de los calabozos, aquellos alaridos espantosos, que nada salvo un dolor inhumano podían provocar, penetraron en la oscuridad de la celda estrangulando el alma de Kalha. Su valentía y determinación se agrietaban ante la idea del sufrimiento que su joven y menudo cuerpo estaba cerca de experimentar. No estaba preparada para someterse a aquella inclemente tortura. Ella creyó que sí, pero cuán equivocada estaba. A pesar de las innumerables advertencias, su arrojo y determinación no le permitieron concebir la derrota. Debió escuchar. Debió ser más cauta.

Un sutil y etéreo halo de luz se manifestó súbitamente, adentrándose en la celda a través del angosto ventanuco enrejado, cincelado a ras del techo. Kalha se incorporó despacio, luchando contra el peso de las cadenas aferradas a sus muñecas y contra el entumecimiento de sus extremidades doloridas por el contacto con la piedra fría. Alzó la mirada y observó cómo las nubes se habían abierto para dejar aparecer la cautivadora luz esmeralda de la gigantesca luna de Henn.

En las noches claras del estío naciente, solía apostarse de niña en la rama más gruesa del árbol milenario que, como si de un ancestral guerrero se tratara, custodiaba el jardín sacramental del palacio familiar. Allí, rodeada por las sepulturas de mármol y granito de sus ancestros, y acariciada por la musical brisa del este, contemplaba el baile de los astros en el firmamento. Las lunas gemelas de Glaoir eran las que, por lejanía, se veían más pequeñas. Expelían un fulgor rojizo y ambas orbitaban acompasadas de este a oeste, como si pasearan juntas por aquel fascinante jardín de estrellas blancas y nebulosas púrpura. A medianoche se cruzaban con la luna de Saknar. Su tamaño era casi como el de las otras dos juntas.

[...]

## Un Trabajo Delicado

Pedro de Andrés

**A**preté la mano de la tía Edith mientras ella golpeaba el portón de madera con la aldaba. El tañido de bronce me recordaba a las campanas tocando a muerto. No hacía ni tres meses desde el funeral de papá y mamá, y tía Edith no había parado hasta encontrarme acomodado lejos de ella. A nuestra espalda, los caballos piafaban tan nerviosos como el cochero.

—Solo serán unos minutos —le había dicho la tía.

El caserón de paredes de hiedra daba más miedo que la institutriz que me había educado desde que me quedara solo en el mundo. A mis ocho años, vivir con mi tía era lo más próximo a la soledad absoluta del naufrago.

Cuando por fin se abrió la puerta nos recibió un anciano desaliñado, con los restos de pelo blanco brincando en todas direcciones alrededor de una cabeza casi calva. Nos esperaba. Tía Edith le había escrito y no necesitaban intercambiar palabras. Ella trató de soltar mi mano. Yo me resistí todo lo que mis escasas fuerzas de niño enclenque me permitieron; que no fue mucho. El hombre que era mi abuelo se hizo a un lado y me franqueó el paso. Si tía Edith iba incluida en la invitación a entrar, no se dio por aludida. Se giró hacia el coche y, sin despedirse, desapareció de mi vida.

El abuelo Lucién, que así se llamaba, se encaminó hacia una sala y entendí que debía seguirlo. No deseaba contrariarlo desde el principio. La severidad de la tía, tan contraria a los recuerdos que tenía de mamá, me había inculcado el temor hacia todas las personas. Ya no recordaba la última vez que alguien —un adulto, pues no había otros niños en mi entorno— se dirigiese a mí con un mínimo de cordialidad, mucho menos con dulzura.

El abuelo, taciturno, señaló un asiento a un lado de una mesa camilla donde se hallaba dispuesto un servicio de té. Gruñó algo para sí.

—Humm, sí... Supongo que eres demasiado pequeño para tomar té —se contestó a sí mismo.

Finalmente, puso algo de leche en una tacita y le añadió un terrón de azúcar sin preguntarme. Casualidad o no, había acertado con mis gustos pues era un goloso redomado, a pesar de la austeridad en casa de tía Edith.

[...]

# El Hada de la Primavera

Saray Santiago Fernández

**A**lanna caminaba por la Pradera de los Brillos ensimismada. Observó el entorno y apreció la belleza del lugar. Vivía en Crisalya, el país de las hadas. Su hogar era conocido como la Comarca de las Estaciones porque estaba dividida en cuatro pequeños reinos, uno por cada estación. Su mundo era un lugar hermoso y lleno de magia. Sus verdes praderas, sus altas montañas o su increíble y variada vegetación, hacían que fuese un lugar idílico para vivir.

Llegó hasta el Lago de Cristal y se sentó en la orilla. Se descalzó sus suaves zapatos, confeccionados con el pétalo de una peonía, y los introdujo en la cristalina y refrescante agua.

Admiró su reflejo: tenía la piel blanca, cabello rojizo y ojos almendrados. Su cuerpo era esbelto y, a pesar de su corta edad, curvado. Sus alas brillaban, atravesadas por los dorados rayos de sol. Alanna era un hada de la primavera, así que al cumplir dieciséis años, momento para el que solo faltaban unos días, tendría que ir a llevar la primavera al mundo de los humanos. Observó en el agua cómo la expresión de su cara se contraía en una mueca de disgusto. No le gustaban los humanos. Eran malos con la naturaleza y se mataban entre sí. No había bondad en ellos, solo codicia y envidia. Había intentado explicárselo al Hada Madre esa misma mañana, pero no la quiso escuchar.

«Estás equivocada, Alanna. No todos los humanos son iguales, hay bondad y amor en ellos. Tu misión es llevar la primavera a su mundo y eso es lo que debes hacer», le había dicho, sin dejarle opción alguna.

Por ese motivo había venido al lago. Allí encontraba la serenidad que necesitaba para hacer frente a su situación. No deseaba llevar la primavera al mundo humano; según su parecer, ellos no la merecían. ¿Para qué hacer crecer la cosecha si la iban a quemar? ¿Para qué hacer brotar las flores si iban a morir? ¿Para qué hacer salir a los animales si los iban a matar? Nada tenía sentido y debía encontrar un modo de evitarlo.

Con esos pensamientos rondando por su cabeza, volvió a calzarse y caminó decidida hacia su casa. Prepararía algunas cosas e iría a Capital Plateada, hogar de Crysthaliana, la reina de las hadas. Le pediría que la liberase de su obligación. Si Hada Madre no quería escucharla, tal vez la reina lo hiciese.

[...]

## Los Señores de Ĕl-Zilbaranän

Sergi García López

La cuerda se tensaba y la subida estaba siendo más lenta de lo normal. El frío viento los golpeaba en forma de ventisca y apenas les dejaba ver lo que tenían delante. Los gritos del guía que abría la expedición resonaban como ecos lejanos, retumbando en las paredes de granito del Nak-Sholur: Las Montañas Olvidadas.

El camino había desaparecido hacía horas y se habían extraviado. La ruta estaba marcada por una senda fortuita seguida por la expedición, y el único camino que habían encontrado terminaba en una agreste pendiente de grava suelta y hielo, lo que dificultaba la ascensión. De unos a otros, en fila, se habían encordado para evitar una caída mortal, y cuando alguno miraba hacia abajo, la densa niebla no le dejaba ver lo que había bajo sus pies.

Calain se había puesto al frente de la marcha y se afanaba por buscar la ruta menos peligrosa. Era el más experimentado en terrenos como aquél o, al menos, el más avezado de los que seguían con vida. Varios miembros del grupo se habían quedado por el camino despeñados o congelados, incluidos los guías. Su afán de riqueza y su avaricia los había llevado a apresurarse en su viaje, sin tan siquiera preparar lo más mínimo la travesía. Durante la primavera del invierno, una de las cinco estaciones del año, aún se podían ver los últimos coletazos del invierno bajo súbitas tormentas o cambios meteorológicos imprevistos. Dentro de las montañas esas transformaciones en el clima se podían apreciar con mayor magnitud.

Se encontraban perdidos y atrapados dentro del Nak-Sholur, sin otra opción que seguir avanzando entre el fuerte vendaval que arreciaba cada vez con mayor virulencia. Al llegar hasta un saliente, alguien patinó y se cayó, resbalando entre zonas de gravilla y nieve. Rápidamente el siguiente de la fila reaccionó. Tirándose al lado contrario de la cresta, detuvo la caída sin demasiados apuros.

Tien estaba tumbado, colgado de la cuerda y mirando hacia un cielo demasiado encapotado por la tempestad. Respiró hondo y miró a Darnell, agradeciendo su rápida respuesta.

[...]



## La Balada de Adriel de Melater

### Soraya del Ángel Moreno

—eres un completo desastre, Adriel. Nos hemos vuelto a perder... —¿Y qué culpa tengo yo de que nos encerraran en esta fortaleza?

—Quizá, si no hubieras entrado en aquella taberna tapizada con nuestros «se busca», ahora estaría yaciendo con alguna dama de medio manto y no en este castillo tan húmedo —continuó recriminando Barak—. Ya hemos pasado por aquí tres veces. Por fortuna dibujé una cruz en esta pared —dijo mientras palpaba la fría piedra de la que estaba construido el fortín.

—Pensé que era la taberna que nos mencionó Mara —respondió Adriel encogiéndose de hombros—. Quién iba a pensar que estarían allí todos los mercenarios del reino...

—¿Ves? A eso me refería. No sé qué te ocurre últimamente, pero no te pareces nada al guerrero que volvió a colocar Melisende en el mapa.

—Ni lo pretendo... —respondió tajante mientras se dirigía hacia un gran ventanal arqueado—. Acércate.

Barak, elfo a quien solían confundir con un enano por su corta estatura, tuvo que ponerse de puntillas. Vestía un peto plateado y unos guanteletes muy ligeros, el conjunto apenas pesaba más que una daga. Los pantalones negros, rotos por las rodillas, le quedaban un tanto apretados.

—Desde aquí se ve el patio de armas. ¿Logras ver las almenas? —preguntó Adriel atónito—. ¡Nadie vigila el fortín!

—¿Cómo puede ser que no nos hayamos cruzado con ningún centinela si estamos en unas mazmorras?

—No lo sé, la verdad es que no comprendo nada... —De pronto algo captó su atención entre las sombras de una pared cercana—. Mira, parece que hemos encontrado un nuevo camino —señaló un pasadizo muy estrecho y oscuro, casi imperceptible. Pensó que podría ser una buena opción para continuar.

—Volveré a marcar la pared. —Barak sacó una pequeña piedra de tiza de su bolsillo, manchado ya por la arcilla blanca, e hizo una marca.

[...]